

Guy de Maupassant

Una vida



A los diecisiete años, Jeanne sale del internado para regresar a la casa solariega de sus padres en Normandía. Pletórica de ilusiones, mimada por su familia y fascinada por la plenitud de una naturaleza que parece murmurar y soñar con ella, no conoce «del amor si no su poesía». Al cabo de unos meses, está casada con un joven vizconde: el deseo, la sensualidad de su marido la avergüenzan y humillan; pero, cuando finalmente se produce «la revelación misteriosa de esos hechos en los que reside el gran secreto del amor», la convivencia cotidiana, el hábito que sucede fatalmente a los grandes descubrimientos, no tarda en mostrar «las rarezas de carácter de Julien, sus rasgos de dureza, su avaricia y, por fin, su infidelidad».

Maupassant publicó *Una vida*, su primera novela, en 1883, cuando ya era un escritor famoso, tras la estela de Flaubert; y en ella narró «la humilde verdad», según reza su subtítulo, de la vida de una mujer atrapada en un mundo de arcaicas convenciones regidas por el dinero, los títulos y los hombres y destinada a sufrir con pasividad los embates de la familia, la religión, el matrimonio, la maternidad e, incluso, de «instituciones» menos morales como las amantes de los maridos.

NOTA AL TEXTO

En 1877, a los veintisiete años, Guy de Maupassant, que se había dado ya a conocer con algunos cuentos, comienza a elaborar su primera novela: *Una vida (La humilde verdad)*. Tardará seis años en concluirla, durante los cuales la deja de lado durante temporadas más o menos largas para escribir y publicar otras obras. Un joven principiante había comenzado la novela; un escritor ya conocido la publica en 1883 (el mismo año de *El Paraíso de las Damas* de Zola), primero por entregas en el periódico *Gil Blas*, luego en un volumen de la editorial Havard.

La versión castellana que ofrecemos está realizada a partir de la edición de Alain Buisine, que publicó en 1983 la Librairie Générale Française.

A Madame Brainne

Como homenaje de un devoto amigo
y en recuerdo de un amigo muerto.

GUY DE MAUPASSANT

CAPÍTULO I

Jeanne, que ya había acabado de hacer los baúles, fue a mirar por la ventana, pero la lluvia seguía cayendo.

Toda la noche había estado sonando el aguacero contra los cristales y los tejados. Era como si hubiera reventado el cielo, bajo y grávido de agua, y se estuviese vaciando sobre la tierra, diluyéndola hasta convertirla en papilla, deshaciéndola igual que si fuera azúcar. Pasaban ráfagas cargadas de bochorno. El retumbar de los arroyos desbordados llenaba las calles desiertas; las casas chupaban como esponjas aquella humedad que se les metía dentro y, del sótano al desván, hacía rezumar las paredes.

Con aquella, eran cien las veces que, desde por la mañana, temerosa de que su padre no se decidiese a emprender la marcha si el tiempo seguía metido en agua, había examinado el horizonte Jeanne, que había salido del convento la víspera, libre al fin para siempre, dispuesta a hacer suyas todas las dichas de la vida con las que llevaba tanto tiempo soñando.

Se dio cuenta, luego, de que se le había olvidado guardar el calendario en el bolso de viaje. Quitó de la pared la cartulina dividida en meses, que mostraba, en el centro de un dibujo, los dorados números del año en curso: 1819. Tachó luego con un lapicero las cuatro primeras columnas, tapando con una raya los nombres del santoral hasta llegar al 2 de mayo, día en el que había dejado el convento.

Una voz dijo detrás de la puerta:

—¡Jeannette!

Jeanne respondió:

—¡Pasa, papá!

Y su padre entró.

El barón Simon-Jacques Le Perthuis des Vauds era un hidalgo del siglo anterior, maniático y bondadoso. Como discípulo entusiasta de Jean-Jacques Rousseau, profesaba una ternura de amante a la naturaleza, los campos, los bosques, los animales.

Por su raigambre aristocrática, le inspiraban instintivo odio las ideas de 1793; mas, de temperamento filosófico y formación liberal, aborrecía la tiranía con inofensiva y declamatoria abominación.

La bondad era su gran fuerza y su gran debilidad: una bondad cuyos brazos no daban abasto para acariciar, dar y abarcar; una bondad de creador, dispersa, sin firmeza, como si tuviera embotado uno de los nervios de la voluntad, semejante a un fallo de la energía, casi un vicio.

Siendo hombre dado a las teorías, tenía pensado todo un programa de educación para su hija, a la que quería ver dichosa, buena, recta y tierna.

Había crecido esta hasta los doce años en el hogar; la habían metido, luego, interna en el Sagrado Corazón pese a las lágrimas de su madre.

El padre la había mantenido en tan severo encierro conventual, enclaustrada, ignorada e ignorante de los hechos de los hombres. Quería que se la devolviesen casta a los diecisiete años para templarla luego personalmente sumergiéndola en una suerte de baño de sensata poesía; llevarla al campo para abrirle el alma junto a la tierra fecundada y desembotar su ignorancia mostrándole el amor ingenuo, los sencillos afectos de los animales, las serenas leyes de la vida.

Salía Jeanne ahora del convento radiante y pletórica de savias y apetitos de dicha, lista para todas las alegrías, para todos los adorables azares que ya había recorrido con el

pensamiento durante ociosos días, prolongadas noches, aisladas esperanzas.

Era como un retrato del Veronese, con aquella cabellera de un rubio resplandor que parecía haberle desteñido en la piel, una piel de aristócrata, tintada apenas de rosa, que sombreaba un sutil vello semejante a un pálido terciopelo que la caricia del sol permitía vislumbrar. Los ojos eran azules, de ese azul opaco de los muñecos de porcelana holandeses.

En la aleta izquierda de la nariz tenía un lunar pequeño; y otro a la derecha, en la barbilla, del que nacían unos rizados pelillos tan semejantes a la piel que apenas si se notaban. Era alta, de pechos maduros y flexible talle. La voz, clara, parecía a veces aguda en exceso; pero su franca risa alegraba cuanto tenía alrededor. Solía, con un ademán que le era habitual, llevarse ambas manos a las sienes como si quisiera atusarse el pelo.

Corrió hacia su padre, lo besó y lo abrazó:

—¿Qué? ¿Nos vamos? —preguntó.

Él sonrió, sacudió la melena, ya blanca, que llevaba bastante larga, y, mostrando la ventana con la mano, dijo:

—Pero ¿cómo quieres que salgamos de viaje con este tiempo?

Pero Jeanne se lo rogaba, mimosa y tierna:

—¡Ay, papá! Vámonos ya, por favor. Por la tarde va a hacer bueno.

—Si es que tu madre no va a querer.

—Ya verás como sí. Déjalo de mi cuenta.

—Si consigues convencer a tu madre, por mí no hay inconveniente.

Jeanne se abalanzó hacia el cuarto de la baronesa. Pues había esperado el día de la marcha con impaciencia creciente.

No había salido de Ruán desde que ingresara en el Sagrado Corazón, ya que su padre no autorizaba diversión alguna antes de la edad que tenía determinada. Sólo la ha-

bían llevado en dos ocasiones a París, pero París también era una ciudad, y Jeanne sólo anhelaba el campo.

Ahora iba a pasar el verano en la finca familiar, Los Chupos, una antigua casa solariega que se erguía en la cima del acantilado, cerca de Yport; y esperaba una dicha infinita de aquella vida libre, al filo de las olas. Y, además, era cosa convenida que la mansión iba a ser suya; seguiría viviendo en ella cuando estuviera casada.

Y aquella lluvia que llevaba cayendo sin tregua desde la víspera por la noche era el primer disgusto de consideración de su vida.

Pero, al cabo de tres minutos, salió a la carrera del cuarto de su madre, voceando por toda la casa:

—¡Papá, papá! A mamá le parece bien. Manda enganchar los caballos.

El diluvio no remitía; antes bien, parecía estar arreciando cuando la calesa se detuvo ante la puerta.

Jeanne ya estaba lista para subir al coche cuando bajó las escaleras la baronesa, a la que sostenían de un lado su marido y del otro una doncella alta, fuerte y tan recia como un muchacho. Era una normanda de la región de Caux, que aparentaba veinte años al menos, aunque no tenía más de dieciocho. Era hasta cierto punto una segunda hija y como tal la trataba la familia, pues había sido hermana de leche de Jeanne. Se llamaba Rosalie.

Su cometido principal, por lo demás, consistía en guiar los pasos de su señora, que se había vuelto muy obesa desde hacía unos años debido a una hipertrofia del corazón de la que se quejaba constantemente.

La baronesa llegó, sin resuello, a la escalinata de la fachada del antiguo palacete, miró el patio delantero por el que corría el agua a raudales y dijo a media voz:

—La verdad es que esto es una locura.

Su marido le contestó, sin dejar de sonreír:

—Pues usted lo ha querido, mi señora Adelaïde.

Como la baronesa respondía al nombre un tanto pomposo de Adelaïde, el barón siempre le ponía delante ese «mi señora», manifestándole un respeto un sí es no es burión.

La baronesa reanudó la marcha y subió trabajosamente al coche, cuyas ballestas cedieron todas a una. El barón se sentó a su lado y Jeanne y Rosalie se instalaron en el banco corrido, de espaldas a la marcha.

Ludivine, la cocinera, trajo un buen brazado de abrigos, con los que todos se cubrieron las rodillas, amén de dos cestas que los pasajeros colocaron bajo las piernas; luego se encaramó al pescante, junto al tío Simon, y se envolvió en una manta grande que le tapaba por completo la cabeza. El portero y su mujer acudieron a despedirlos respetuosamente mientras cerraban la portezuela; los viajeros les hicieron las últimas recomendaciones en lo tocante a los baúles, que irían detrás, en una carreta, y la expedición se puso en marcha.

Casi no se veía al tío Simon, el cochero, que agachaba la cabeza y arqueaba la espalda bajo la lluvia, embutido en su carric de esclavina triple. El borrascoso chaparrón azotaba, gemebundo, los cristales e inundaba la calzada.

Al trote de los dos caballos, la berlina bajó de un tirón hasta el muelle y fue bordeando la hilera de grandes navíos, cuyos mástiles, vergas y aparejos se erguían melancólicamente entre el chorrear del cielo como árboles de ramas desnudas. Tomó, luego, el largo bulevar del monte Riboudet.

A poco, ya estaban cruzando las praderas; de vez en cuando, podía verse, entre una neblina de agua, la severa silueta de algún sauce empapado, cuyas ramas colgaban con la dejadez de los miembros de un cadáver. Las herraduras de los caballos chapoteaban y las cuatro ruedas levantaban soles de barro.

Todos callaban; incluso los pensamientos parecían tan húmedos como la tierra. Mamaíta se arrellanó, recostó la

cabeza y bajó los párpados. El barón contemplaba con apagados ojos la campiña monótona y empapada. Rosalie, con un bulto en las rodillas, estaba sumida en ese ensimismamiento animal de la gente del pueblo. Pero Jeanne se sentía revivir entre aquel tibio chorrear de agua, igual que una planta encerrada a la que acabasen de sacar de nuevo al aire libre; y era tal su cúmulo de alegría que, como un frondoso follaje, le resguardaba el corazón de la tristeza. No hablaba, pero sentía deseos de cantar, de sacar la mano para llenarla de agua y bebérsela; y disfrutaba al sentir que la llevaba el rápido trote de los caballos, al contemplar el desolado paisaje y estar resguardada en medio de tan tremenda inundación.

Bajo la tenaz lluvia, de las relucientes grupas de los caballos subía como un vaho de agua hirviendo.

La baronesa se estaba quedando dormida. Poco a poco, se le fueron descolgando los rasgos del rostro, que enmarcaban, penduleando a ambos lados, seis tirabuzones idénticos, hasta que, por fin, descansaron muellemente en las tres anchas oleadas del cuello, cuyas últimas ondulaciones se perdían en la alta mar del pecho. Cada vez que tomaba aire, se le enderezaba la cabeza, que volvía luego a desplomarse, y se le hinchaban las mejillas al tiempo que le brotaba un sonoro ronquido de los labios entreabiertos. Su marido se inclinó hacia ella y le colocó con suavidad entre las manos cruzadas sobre el amplio vientre una cartera pequeña de cuero.

El contacto despertó a la baronesa; y fijó en aquel objeto una mirada ausente, colmada del atontamiento de los sueños interrumpidos. La cartera cayó y se abrió. Se dispersaron por la calesa monedas de oro y billetes de banco. La baronesa se despertó por completo; y el regocijo de su hija brotó en un estallido de risas.

El barón recogió el dinero y dijo, poniéndoselo a su mujer en las rodillas:

—Esto es, amiga mía, cuanto queda de mi alquería de Életot. La he vendido para hacer reformas en Los Chopos, en donde de ahora en adelante pasaremos muchas temporadas.

La baronesa contó seis mil cuatrocientos francos y se los metió tranquilamente en el bolsillo.

Era esta la novena finca que vendían de las treinta y una que les habían dejado sus padres. Contaban aún, empero, con alrededor de veinte mil libras de renta en tierras que, bien administradas, les habrían proporcionado fácilmente treinta mil francos anuales.

Como llevaban una vida sencilla, esos ingresos habrían sido más que suficientes de no haber sido porque en aquella casa había un agujero sin fondo que no se cerraba nunca: la bondad, que hacía que se les evaporase el dinero de las manos igual que se evapora al sol el agua de las ciénagas. Fluía, huía, desaparecía. ¿Cómo? Nadie lo sabía. Cada dos por tres, decían uno u otra: «No sé qué ha pasado, pero hoy me he gastado cien francos; y eso que no he comprado nada del otro mundo».

Aquella facilidad para dar era, por lo demás, una de las grandes satisfacciones de su existencia; y coincidían en esto de forma estupenda y conmovedora.

Jeanne preguntó:

—¿Han dejado bonita mi casona?

El barón respondió alegremente:

—Vas a ver, chiquilla.

En tanto, iba cejando paulatinamente la violencia del aguacero; no quedó ya luego sino algo así como una neblina, un finísimo y revoloteante polvillo de lluvia. La bóveda de nubes parecía irse elevando y haciéndose más blanca; y, de pronto, por un agujero invisible, un largo y oblicuo rayo de sol bajó hasta las praderas.

Y, tras abrirse las nubes, apareció el fondo azul del firmamento; luego la hendidura creció, como el desgarrón de

un velo, y un hermoso cielo puro, de limpio y hondo azur, se tendió por encima del mundo.

Pasó un hálito fresco y suave, como un suspiro dichoso de la tierra. Y, cuando bordeaban un jardín o un bosque, oían a veces el vivaz canto de un pájaro, que se estaba secando las plumas.

Caía la tarde. Ahora todos dormían en el coche menos Jeanne. Dos veces se pararon en sendas posadas para que descansasen los caballos y darles un poco de avena con agua.

Ya se había puesto el sol; unas campanas sonaban a lo lejos. En una aldea, encendieron los faroles del coche; también el cielo se encendió con un hormiguelo de estrellas. De tarde en tarde, aparecían casas con ventanas iluminadas, que horadaban las tinieblas con un punto de fuego; y, de súbito, detrás de un altozano, entre las ramas de los pinos, se alzó la luna, roja, gigantesca y como entumecida de sueño.

Tan suave era la temperatura que las ventanillas iban abiertas. Jeanne, rendida de tanto soñar, ahíta de visiones felices, descansaba ahora. A veces, si llevaba mucho rato en la misma postura, el entumecimiento le hacía abrir los ojos; miraba entonces hacia afuera y veía pasar, en la noche luminosa, los árboles de una casa de labor, o, acá y acullá, unas cuantas vacas tendidas en un prado, que enderezaban la cabeza. Buscaba luego otra postura e intentaba retomar el hilo de un sueño esbozado; pero el continuo rodar del coche le llenaba los oídos, le cansaba el pensamiento, y volvía a cerrar los ojos sintiendo tan doloridas las ideas como el cuerpo.

Mas ya se estaba parando el coche. Ante las portezuelas había hombres y mujeres de pie, con faroles en la mano. Habían llegado. Jeanne se despertó con prontitud y bajó enseguida. Un aparcero alumbró a padre y a Rosalie para que llevasen casi en volandas a la baronesa exhausta, que

se quejaba con desamparo y repetía sin tregua, con voz débil y agonizante:

—¡Ay, Señor, qué vida esta, hijos míos!

No quiso ni beber ni comer nada, se metió en la cama y se durmió en el acto.

Jeanne y el barón cenaron juntos y a solas.

Sonreían al mirarse, se cogían las manos por encima de la mesa; y, habiéndose apoderado de ambos un gozo infantil, empezaron a recorrer la mansión recién restaurada.

Era una de esas amplias viviendas normandas de techos altos, medio casa de labor y medio casona solariega, de piedra antes blanca y ahora gris, tan amplia que podría albergar a toda una raza.

Un vestíbulo inmenso dividía la casa en dos y la cruzaba de lado a lado, abriendo sus grandes puertas en ambas fachadas. Una escalera doble parecía salvarlo de una zancada, dejando vacío el centro y uniendo en el primer piso sus dos ramales, como si fuera un puente.

En la planta baja, se entraba, a la derecha, en el gigantesco salón, cuyas paredes cubría una tela con estampado de ramas y hojas por las que retozaban unos pájaros. Todos los muebles, de tapicería bordada en *petit point*, no eran sino ilustraciones de las fábulas de La Fontaine; y Jeanne sintió por dentro un brinco de gusto al volver a ver una silla que le agradaba mucho de pequeña e ilustraba la historia de la cigüeña y la raposa.

Junto al salón, estaban la biblioteca, repleta de libros antiguos, y otras dos habitaciones que no se usaban; a la izquierda, el comedor, con paredes recién forradas de madera, el cuarto ropero, la antecocina, la cocina y un aposento pequeño en el que había una bañera.

Un pasillo dividía en dos, a lo largo, el primer piso. Las diez puertas de los diez dormitorios daban, en fila, a aquel corredor. Al fondo, a la derecha, estaba el aposento de Jeanne, en el que entraron. El barón acababa de reformarlo por completo, por el sencillo procedimiento de echar mano

de tapices y muebles que no se usaban y estaban guardados en los desvanes.

Los tapices, de origen flamenco y muy antiguos, poblaban el cuarto de singulares personajes.

Mas, al ver la cama, la joven dio un grito de alegría. En las cuatro esquinas, cuatro grandes aves de roble, muy negras y reluciendo de cera, soportaban el lecho y parecían custodiarlo. Los costados eran dos anchas guirnaldas de flores y frutas talladas; y, sobre cuatro columnas de menudo acanalado, que remataban unos capiteles corintios, se alzaba un friso de rosas y amorcillos entrelazados.

Se erguía aquella cama como un monumento; y resultaba grácil, no obstante, pese a la severidad de la madera que el tiempo había oscurecido.

Y el cubrepiés y el dosel brillaban como dos firmamentos. Eran de una antigua seda azul oscuro en la que, a trechos, lucían como estrellas grandes flores de lis bordadas en oro.

Tras haber estado un buen rato admirando la cama, Jeanne alzó la luz que llevaba en la mano para contemplar los tapices y enterarse de qué representaban.

Un doncel y una damisela, ataviados con singulares ropajes verdes, rojos y amarillos, conversaban debajo de un árbol azul en el que maduraban frutas blancas. Un conejo grande y del mismo color pastaba una matita de hierba gris.

Precisamente encima de la cabeza de los personajes, en un horizonte convencional, se divisaban cinco casitas redondas de tejados puntiagudos; y, muy arriba, casi en el cielo, había un molino de viento, rojo de arriba abajo.

Por todo el tapiz corrían anchas guirnaldas de flores.

Los otros dos eran muy parecidos al primero, con la única diferencia de que de las casas salían cuatro personajillos vestidos a la flamenca, que alzaban los brazos al cielo en señal de asombro y enojo extremados.

Pero el último de los tapices refería una tragedia. El joven estaba tendido junto al conejo, que continuaba pastando, y parecía muerto. La muchacha lo miraba y, al tiempo, se clavaba una espada en el seno. Y las frutas del árbol se habían tornado negras.

Jeanne iba ya a renunciar a entender la historia cuando descubrió, en una esquina, un animalillo microscópico que el conejo, si hubiera sido de carne y hueso, habría podido comerse como si de una brizna de hierba se tratara. Y, no obstante, era un león.

Reconoció entonces las desventuras de Píramo y Tisbe; y aunque la simplicidad de los dibujos la hacía sonreír, se alegró de vivir dentro del cerco de aquella historia de amor que le traería continuamente al pensamiento esperanzas muy caras y haría revolotear todas las noches, por encima de su sueño, aquel tierno afecto antiguo y legendario.

El resto del mobiliario era un conglomerado de los estilos más diversos. Lo constituían esos muebles que cada generación va aportando a la familia y convierten las casas antiguas en algo así como museos en los que todo está mezclado. A ambos lados de una espléndida cómoda Luis XIV, cubierta de una coraza de relucientes adornos de cobre, estaban dos butacas Luis XV, aún cubiertas de seda rameada. Había un secreter de palo de rosa frente a la chimenea, en cuya repisa se veía, bajo un fanal redondo, un reloj Imperio de sobremesa.

Representaba este un panel de bronce, colgado de cuatro columnas de mármol sobre un jardín de flores doradas. Un delgado péndulo, que asomaba del panel por una ranura alargada, paseaba eternamente sobre el parterre una abejita de esmaltadas alas.

La esfera era de porcelana pintada y estaba incrustada en un costado del panel.

El reloj empezó a dar las once. El barón besó a su hija y se retiró a su aposento.

Entonces Jeanne se acostó, aunque de mala gana.